

CRITICA LITERARIA

Revista de Libros

Juan Gil - Albert,
poeta de transición (1)

Un poeta cruzando sobre sí mismo un río, siendo puente del propio caminar entre dos orillas lejanas y oscuras, siente bajo los arcos de su alma, a través de sus ojos de piedra, un agua torrencial amenazante que él no puede encauzar, pero que tampoco olvida desde su altura.

Esto es así cuando el poeta describe con su obra, desde su nacimiento hasta su muerte, una airosa curva en el aire, sobre el profundo cauce de la vida. Es cierto que sus palabras entre las estrellas alcanzan un luminoso misterio. Algunos ojos como peces, algunas almas como ligera niebla húmeda, desde abajo saben recoger su brío, pero la mayoría de los hombres, cada con codo, van hacia los mares sin calma alguna, sin concierto. Este paisaje extraño, estos cruces angélicos y tales turbas desordenadas, esta prosa abundante como una cosecha y el verso raro arriba, imperceptible, tomados como ejemplo, pueden justificar toda una estética.

Pensemos que de pronto se desencadena una tempestad; que esas instantáneas grietas luminosas que abre el rayo en el cielo, permanecen; que se derrumba el aire desconchado; que la multitud crece y se desborda; que la luz que antes recibíamos de los distantes astros, ahora brota de la misma tierra, y que esos puentes por cuyos ojos lloraba la humanidad, son arrastrados en la corriente; pensemos que todo ha cambiado, que ya nadie se ocupa de su último destino; que los mares, las muertes, ya no existen o no vamos a ellas; que todos tenemos que crecer, porque ya nadie anda; en fin, que hemos dejado definitivamente de estar colgados de una nube.

Se oye un coro armonioso. Está formado por la paz y el trabajo de los hombres, en un radiante mediodía. La claridad descubre las distancias, cada cual en su puesto; lo que antes fue río ahora tiene placidez de laguna, y su única pérdida o desprendimiento es un finísimo hábito como leve nube para adorno del aire. Tal vez quisieramos que este fuese el porvenir de nuestros hijos. Lo piensa así el poeta y se dice: «Olvidar que todos somos en cuanto a lo social poetas de transición, es olvidar demasiado»; y al definir así, se sueña a sí mismo. Todo es sueño, desde el deseo hasta el olvido, y por influjo del libro de un poeta, sueño son estas líneas. Juan Gil-Albert tiene conciencia de la situación de su obra. Su libro nace en medio del más trágico momento de su patria. Su verso se enlaza a la naturaleza de su tierra y se dirige al corazón de los españoles. Elegías, himnos, sonetos, que se esfuerzan por convivir con otros cantos espontáneos del pueblo que lucha, con los himnos de sangre silenciosa. Junto al sueño fingido del mundo que perdió y la esperanza soñada por todo su pueblo, hay una realidad alucinante. Juan Gil-Albert, poeta de transición, transido por esa realidad, se recuerda y se compromete. Hay en sus hermosos versos las mejores promesas, y ya se observan en su libro generosos renunciamentos. Su voz fina quiere contagiarse de otras voces; pierde algo de la singularidad de su «Misteriosa Presencia», pero en cambio, sin abuecarse demasiado, la sentimos contener el imprescindible coro de su época.

MANUEL ALTOLAGUIRRE.

(1) Son nombres ignorados... Elegías, himnos, sonetos, por Juan Gil-Albert, Barcelona, 1938, Ediciones «Hora de España».

CORREO DE LAS ARTES

Sátira y melancolía

Querido amigo: Su carta, contestación a la que usted llama mi homilía panglosiana, me ha hecho no poca gracia. Su humor melancólico del otro día, con su correspondiente cita de Stendhal, se le ha convertido de pronto en un humor agrídice, con propensiones satíricas y sus puntas y ribetes de mordacidad. Excuso decirle que prefiero verle de ese talante, aunque en parte sea yo la víctima de sus afilados dardos, pues así, ingenioso y zahiriente, se muestra en su natural estado de vivacidad, apartándose, por el contrario, enormemente de sí mismo cuando se deja, sin resistencia, envolver en las brumas relajantes de la melancolía. No ignoro yo que alguien ha dicho que la melancolía es el distintivo o enseñanza de las almas delicadas o de elección. Sin duda es así, o, por lo menos, lo fué en tiempos más o menos románticos. Pero, si le he de decir verdad, tendré que declararle que a nuestra edad y en nuestro tiempo de hierro, y más para nosotros, españoles de pura raza, escasamente aficionados a primores ni quintaesencias sentimentales, sientan como algo anacrónico y fuera de nuestro ser verdadero y profundo esas rachas afechinadas de melancolía y desesperación mansa y tibia a lo Amiel o a lo Sennancour.

Acaso en mi adolescencia y primeros años de juventud, allá en mi tierra cántabra, con su cargazón de nubes y su perenne velo de brumas y neblinas, enredadas entre la montaña y el mar, oyendo sonar, en lo hondo de la cañada, cubierta de castaños y hazados (unas veces de cobre, otras de oro y plata o de verde tierno y sombrío), el son vivaz (pasos de danza guerrera) y melancólico (añoranzas del bien perdido o por poseer) del «chistu», cuando seguía por los senderos de los montes vascos la palabra recortada y dura, como la herroqueña, de don Miguel de Unamuno, último, en el tiempo, de los grandes clásicos españoles; en aquella ocasión, tal vez no sentara del todo mal a la candorosa inexperiencia, a mi pobre espíritu en formación, ese género de tristeza difusa y anhelante, que sufre de desencanto sin haber caído nada sólido en la vida; pero ahora, aquí, en este lugar geográfico, cabe al mar de las claridades y de las neblinas millonarias, y en tiempos de furia y violencias guerreras... la verdad, que no lo entiendo, y menos en un artista como usted, dado al claro goce de la vida y a su representación, a la fruición artística del eterno femenino juvenil y de los paisajes armoniosos y mansamente luminosos: oro, azul y rosa, su paleta esencial.

Recuerdo en este momento cuando usted me decía, hará cosa de tres o cuatro años, teniendo en la mano una espléndida manzana, regalo de un colega francés, que su ambición artística era la de representar—o recrear—la vida en forma que se pareciera a aquel fruto, henchido, pleno y delicado en la forma; brillante, luminoso y matizado hasta el prodigio en su color... Y luego disertaba sabrosamente sobre la femineidad de su tierra y, en particular, acerca de la adolescencia femenina, asegurando que ahí estaba el búsilis y la perfección de la forma—perfecta como el fruto que tenía en la mano—; y que no le dieran a usted obra cosa que pintar... que no la quería, porque lo que no fuera esto, ya era otra cosa, comienzo de decadencia, un principio de descomposición y muerte, un apartamiento de la belleza alegre, armoniosa y sin tacha. Y, cuando miraba yo, intencionadamente, en dirección a Ampurias, y le decía que usted era un hombre rezagado en el tiempo, y que salía de las capas profundas de éste como de las excavaciones de esa preterita ciudad muerta iban sacando, los amigos arqueólogos que allí trabajaban, vestigios divinos del divino genio heleno, usted sonreía con recatado orgullo, como queriendo afirmar, por lo discreto y sin jactancia, que, en efecto, así era, así lo estimaba usted, y que se sentía, por el espíritu, más hijo de aquella Ampurias remota que no de la Barcelona estridente y confusa, repleta de agrios fermentos de todas clases, de su tiempo. ¡Y ahora me cae

usted en una melancolía propia de las brumas abominables del septentrión!...

Ya sé lo que me va a replicar: que los tiempos son otros; que el tiempo, en pocos años, ha caminado siglos; que España se ha desgarrado, una vez más, pavorosamente, su seno; que, como Medea, sacrifica sus hijos; que, como el legendario Conde de Ugolino, en el magnífico pasaje del Dante, los devora como con necesidad y pasión demoníacas; ya que es imposible, luego de lo que hemos visto y sufrido (porque nosotros hemos pasado y seguimos pasando, como el gran florentino, por el Infierno), tornar a aquel concepto riante y juvenil de la vida y del arte... Si, he de confesarlo, estas observaciones no tienen réplica; pero yo creo también que Sancho tenía razón frente a Don Quijote, en el pasaje que le cité en mi carta anterior, y que no hay nada más disparatado e indigno de un hombre pleno de hombría (como es usted) que dejarse morir de pasión de ánimo, y si no morir, porque, a Dios gracias, no es ese su caso, entregarse sin firme resistencia, y aun con cierta delectación mórbida, a ese descaecimiento del corazón... aunque sea provisionalmente. Nada tiene que hacer, en estos tiempos de hierro, el sentimiento de melancolía, porque son otros los apropiados y los verdaderos y los hijos legítimos del momento histórico.

Por eso le prefiero a usted con aquella maravillosa manzana en la mano, disertando con precisión poética, como gran conocedor y especialista en la mágica ciencia de la forma, acerca de su perfección y de su salud plena en la adolescencia femenina. Los tiempos son otros—¿qué duda cabe?—, pero sus conceptos de la forma bella son eternos y están por encima de esas ráfagas volitarias e intermitentes de melancolía desesperada que le acometen a usted cuando lo quiere su mal ángel. Me temo, pues, que, de seguir ese camino, si no lo corta a tiempo, hemos de verle cambiar considerablemente. ¿Y su arte? ¡Ah!, ése, en tal caso, cambiará también. ¿Se hará dramático? No lo sé, aunque no lo espero, porque me temo que, puesto en ello, usted no llegue a desentrañar los ápices de la belleza dramática, como ha sabido hacerlo con los de la belleza adolescente y juvenil.

Y perdóneme si esta sospecha implicara, de algún modo, una como desconfianza en la complejidad y variedad de su genio. No es eso, no. Yo soy de los que creen que los artistas pocas veces dan sorpresas a los que los entienden y estudian con simpatía y agudeza, porque creo que, ya en las obras de juventud, está toda su obra futura, en todas sus formas típicas y con casi todas sus variantes. Quiero decir—entiéndase bien—que están allí los gérmenes, las simientes, como en los granos de las paneras puede estar la potencia de las cosechas futuras. Y en la obra de usted, tan noble, tan graciosa, sosegada, tan fragante y clara, trasunto poético y fiel de la vida fácil de una raza sana en un paisaje luminoso y fértil, no hay, que yo sepa, el menor brote ni el menor grano del cual pueda nacer y desarrollarse el drama. Recuerdo su abominación de un tiempo por los dramas sangrientos de Delacroix (aunque siempre mostró reverencia al gran colorista) y su devoción exaltada por la juventud florida del friso inmortal que representaba en el Partenón la Procesoión de las Penateneas.

No ha de extrañarle, pues, que prefiera ver-le revolverse con brio satírico y maleante contra mí y no pequeña parte del género humano—aquí, mejor dicho, en su carta, representado por una serie de tipos de nuestro conocimiento y aparentes amistades—, que no dado al diablo de la melancolía, que tan mal la sienta.

Hasta dentro de pocos días, en que recogeré sus pintorescas alusiones a «ese género humano» de baja estofa, que le incomoda a usted tanto como a mí, estos días, los mosquitos. Su viejo y buen amigo

JUAN DE LA ENCINA

VICTIMAS DEL FASCISMO

La Conferencia de Evian-les-Bains

En Evian-les-Bains ha comenzado la Conferencia intergubernamental encargada de examinar los problemas que plantea en diversos países el exceso de refugiados políticos.

Esta es otra de las innumerables perturbaciones que sufren las democracias por culpa de los Estados totalitarios. Viven errantes por el mundo centenares de miles de infortunados a quienes el fascismo, el nacionalsocialismo y las guerras y persecuciones por éstos promovidas, han arrojado de sus hogares y de su patria, obligándoles a buscar hospitalidad en otras tierras de régimen más humanitario.

De este modo se producen corrientes emigratorias que los Gobiernos democráticos necesitan canalizar previendo el peligro de la congestión. La mayoría de los desterrados, por supuesto, no disponen de medios económicos para vivir como turistas. Necesitan ganarse el pan y buscan trabajo. Pero en Francia, en Inglaterra, en los Estados Unidos, no se ha resuelto completamente todavía el problema del paro forzoso. Si ya la población propia tiene un remanente de brazos ociosos, ¿cómo encontrar empleo a los parados advenedizos? Especialmente las democracias europeas consideran apurada su capacidad de absorción. Y han dicho: «No más refugiados políticos; no más extranjeros». Están, pues, a punto de cerrar sus puertas con trancas a las víctimas del totalitarismo perturbador, saldo viviente de un mundo desquiciado que estorba en todas partes.

Sin embargo, es demasiado importante el número de los exiliados para abandonarles a su suerte y no preocuparse más. Hoy suman centenares de miles; pero al paso que llevan los acontecimientos, mañana sumarán millones. Un vagabundaje forzoso y tan intenso crearía conflictos. Por esto han acudido los Gobiernos de buena voluntad a la Conferencia de Evian, a ver si entre todos encuentran la fórmula de encauzar la emigración sin molestias para nadie.

Los únicos que viven despreocupados de este problema son los que lo han creado los dictadores. Unas veces apoyándose en la tesis grotesca de la depuración de la raza aria, que determina la feroz persecución antisemita; otras veces haciendo imposible la convivencia entre gentes de distinta religión o de ideas políticas antagónicas; frecuentemente armando conspiraciones y encendiendo guerras en territorios vecinos, la Italia fascista y la Alemania nazi van lanzando a los caminos del mundo enormes contingentes de expatriados para que vivan como mendigos, durmiendo «a la belle étoile» y comiendo hierbas, si otras naciones no les ofrecen amparo.

Myron Taylor, delegado norteamericano en la Conferencia de Evian, explicaba la necesidad de dicha reunión intergubernamental con estas palabras: «Si ciertos Gobiernos—siempre se evita nombrarlos—continúan arrojando a la ligera fuera de sus fronteras grandes fracciones de su población, que se encuentran con un mundo en crisis y amenazadas de horribles sufrimientos, necesario es que los demás Gobiernos intervengan en previsión de mayores desastres. ¡Ah!, las dictaduras! ¿Cuándo acabarán de sembrar inquietudes y de amargar la existencia de los pueblos pacíficos? El mundo no conocerá la paz verdadera mientras Hitler y Mussolini no tropiecen con su Waterloo y su Santa Elena.

Pero ese lastre humano de los regímenes autoritarios arrojan lejos de sus fronteras, puede ser un sistema ingenioso de resolver el propio «chômage». Italia y Alemania son países superpoblados, donde escasean el pan y la manutención. Con la persecución política y la depuración racial, se está dispersando el sobrante demográfico. ¿No da el país para mantener a todos sus habitantes? Magnífica oportunidad para seleccionarlos de acuerdo con las conveniencias del partido gobernante. Unos son sacrificados y otros perseguidos en nombre de la patria, de la pureza de la sangre aria, de una improvisada religión estatal o de la seguridad del régimen. Y hay que organizar conferencias intergubernamentales para ver qué se hace con los alemanes e italianos que Hitler y Mussolini han convertido en parias.

Estas son las tretas y también las delicias de un nuevo arte de gobernar que se confunde con la tiranía de todos los tiempos y con la vieja barbarie. No ofrece otra novedad que su cinismo formal y su audacia inaudita.

Todo hombre de corazón ha de pensar en el negro destino de esos pobres expatriados, víctimas del fascismo y del nacionalsocialismo, si las potencias democráticas acuerdan en Evian cerrarles sus fronteras. ¿Adónde serán enviados? Se habla de destinar hacia la América inexplorada de las regiones desérticas y las selvas vírgenes el desfile imponente de proscritos por el crimen de no haber renunciado a su honestidad o por correr en sus venas sangre judía.

Es de desear que la Conferencia de Evian encuentre soluciones que no resulten sentencias para quienes ya, a estas horas, viven abrumados por la desgracia.

* No hay mayor placer que conservarse, a pesar de los años, con toda la lozanía, exuberancia y vigor de la florida juventud

Dr. NUKY (de Boston)

Si tiene achaques y enfermedades, ¿qué éxito puede esperar ya en la vida? Las plantas conservarán su juventud y vigor.

Cúrese pronto y con economía. Envíe una botellita de orina y los datos de su enfermedad a la Sección de Investigación y Análisis de Tratamientos Vegetales Dr. Nuky, Balmes, 256, chalet, Barcelona. Teléfonos: 81250, 83731 y 70801. De 10 a 1 y de 4 a 7. Festivos, de 10 a 1.

Compro neumático

720 x 120, nuevo o usado Urge Pago bien. Ofertas al teléfono 20107, de ocho mañana a dos tarde

La C. N. T. acuerda vigorizar la unión con la U. G. T. e intensificar el trabajo

En la reunión de ayer del Comité Nacional de la C. N. T., el secretario hizo un informe político de la situación.

Los representantes en el Comité Nacional de Enlace U.G.T.-C.N.T., informaron de la reunión extraordinaria que tuvo efecto el día 5 de los corrientes, con asistencia de los secretarios de ambas organizaciones, en la cual se acordó vigorizar la gestión del mismo intensificando su trabajo.

Estudiáronse diversos problemas planteados con carácter de apremio, decidiéndose solicitar entrevista con el jefe del Gobierno, en la cual, entre otras cosas, se le entregará el guión sobre el Consejo Superior de Economía y se insistirá en la creación del Consejo Nacional de Industria de Guerra.

Informaron los representantes en el Frente Popular nacional.

Se dió lectura al informe del desarrollo del pleno de militantes del movimiento libertario de Aragón, y al que asistió el compañero Entrialgo, en representación de este Comité.

El Comité queda enterado de la gestión del compañero J. Papiol en el Tribunal de Responsabilidades civiles en el último trimestre, aprobándose en su totalidad.

Se dió lectura a los informes de los compa-

en especial al acto cuarto el dinamismo necesario. Por último, Rosita Segovia, la gran artista, bailó de un modo maravilloso, los bailes, muy bien dispuestos, por cierto, por Juan Magriñá.

Una «Carmen» digna del Liceo, y un triunfo de la perseverancia de don José Prat que, encarnizado con la temporada lírica, sigue dedicando la mayor atención a esta labor de arte y cultura.

HERCE

Extraordinario éxito de «Carmen» en el Liceo

Un gran triunfo del tenor Antonio Cortis

«Carmen», la popular ópera de Bizet, ha sido una obra que ha entrado de lleno en nuestro público. Todavía recordamos la «Carmen» sensual y apasionada de la Besanzonni y la plena de garbo y majeza de María Gay. Es natural que esta ópera, por la belleza de su música, en la que flota la gracia, la pasión y el fatalismo, llegara al público español, público de fina sensibilidad para el arte, y le hiciera pasar por alto el libreto con sus tореadores, contrabandistas y cigarreras, en gracia a la belleza de la partitura y a los momentos de color y emoción dramática que encierra.

Concepción Callao hizo una «Carmen» briosa, pujante. Su voz cálida y extensa lució en todo momento, siendo la labor de esta destacada artista elogiada por el público, que la tributó sinceros aplausos.

La presentación de Cortis había despertado expectación entre el público, y justo es señalar que no defraudó a nadie, pues su actuación constituyó un señalado triunfo. Cantante de la mejor escuela, de voz agradable, agudos potentes y limpios, tiene en esta obra sobrados momentos de lucimiento. El éxito iniciado en el dúo con Micaela, culminó en el segundo acto, en la célebre «romanza de la flor». Tuvo Cortis acentos dramáticos de lograda emoción en el acto final, y como actor fué un Don José fogoso, apasionado, con juvenil prestancia. El público le ovacionó justamente al final de todos los actos.

La Espinali, en un momento de las mejores intérpretes que ha tenido «la Micaela». El candor, la inocencia, el amor puro, encuentran fiel eco en el fino espíritu de María Espinali. Su voz deliciosa, lució en todos los momentos.

Fuster fué un buen «Escamilló» y cantó muy bien su parte, y en especial la conocida «canción del toreador». Gas muy afortunado en su papel, y el resto de los intérpretes, entonados y justos.

La orquesta y los coros, acertados en todo momento, destacándose las muchas bellezas que encierra la obra de Bizet bajo la inteligente dirección del maestro Capdevila.

Los decorados de Vilumara y Alarma, discretos, y el nuevo de Castells, muy logrado. Vivaciosa salvó las dificultades de postura y dió